LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

LA ÚLTIMA MUELA.

Ilusion de una señorita de ochenta y tres años cumplidos.

Ultima muela de la boca mia,
única que has querido
ser siempre fiel á la desierta encía
que ha con su escoba la vejez barrido;

quiera el cielo que el tiempo, cuya lima
hasta los bronces gasta,
de la fatal devastacion te exima
que anonadó tu desdichada casta.

La edad mi boca saqueó, mas creo,
fiel y constante muela,
pues sola te librastes del saqueo
que hay algun ángel que los dientes vela.

¡Pero tú tambien tiemblas! y he notado
que tu temblor es miedo,
que encontrándote sola en despoblado
el pánico terror te hurtó el denuedo.

¡Me dejarás tambien! ¡tambien tú tratas
de desertar tu puesto,
de tus hermanas imitando ingratas
ejemplo tan traidor como funesto!

¡Horrible defeccion! ¿quién te dijera,
mi desdichada boca,
cuando dientes formados en hilera
ostentabas mas fuertes que una roca,

que llegarian tan infaustos dias,
dias tan inclementes
en que ¡ó suerte infaustísima! tendrias
que contar mas mandíbulas que dientes?

¿Qué se hicieron mis dias de ventura
y amorosas conquistas
en que á mi bien formada dentadura
iba pasando sin cesar revistas?

Vanas como la espuma de los mares
son las glorias mundanas;
la que ayer revistaba sus molares
hoy solo puede revistar sus canas.

Mi nervioso sistema se pronuncia
si veo por desgracia
esos polvos dentísticos que anuncia
sin cesar la benéfica farmacia.

Algun tiempo tambien con entusiasmo
esos polvos veia,
y hoy me parecen un atroz sarcasmo,
una cruel irrision, una ironía.

Tocar sienten los ciegos un anteojo;
las botas charoladas
vé con horror el desdichado cojo
que tiene las dos piernas amputadas.

El mismo efecto en mi ánimo producen
esos polvos malditos
que cuando entre los dientes se introducen
blanquísimos les vuelven y bonitos.

Porque es mi boca un páramo, es un yermo,
es una pétrea Arabia,
en que no hay mas que un ente, un estafermo,
un diente que no masca, que está en babia.

Que un diente solo inútil es, es vano,
no da ningun servicio,
sin el concurso de un activo hermano
¿qué diente cumple su vital oficio?

Harto lo sabes tú, muela querida,
sin que yo te lo note,
tú que aquí estás, cual náufrago, perdida
en las desiertas playas de un islote.

¡Cuánto envidio al mortal que si se acuesta
fria la cama estando,
la sensacion del frio manifiesta
con sus dientes que chocan tiritando!

Yo tiemblo ¡desdichada! y no hay un diente
que marque mis temblores,
aunque una calentura intermitente
me acometa con todos sus rigores.

¿Por qué, gran Dios, con cáscaras engendras
mil frutas soberanas?
¿por qué cáscara tienen las almendras
y cáscara las nueces y avellanas?

Cáscaras quita, ó dientes da á los viejos;
hazlo, que es necesario;
otórgame otra muela, y mis pulpejos
repasarán las cuentas del rosario....

¡Pero qué es eso, santo Dios, qué es eso
que me encuentro en la boca!
¡Me has oido, Señor!... ¡eso es un hueso!
¡es otra muela!... si... ¡me vuelvo loca!...

¡Pero la que tenia se ha marchado!!!
¡ay!... ¡se aguó mi alegria!
otra muela pensaba haber ganado
y es que se me saltó la que tenia!

A. Ribot y Fontseré.

VIAGES POR ESOS MUNDOS.

Medina del Campo 24 de marzo de 1844.

Como ya tenia mas ganas de ver mi patria que de comer, me despedí de los nevados campos de Rusia, antes que el herrero de quien hablé en el artículo anterior concluyera el camino de hierro para Madrid; porque al paso que va, creo que nunca si Dios quiere se acabará la obra. Bastará la razon de ser útil á España para que no tenga fin el tal camino. Hay en la córte un teatro de Oriente que ha costado á España mas pesetas que una revolucion; pero cuando estaba casi concluido, dijeron los que manejaban el tinglado: ¡alto aquí! y el suntuoso edificio naufragó á la orilla, quedando útil solamente para tragedias de malas costumbres, simulacros legislativos y ensayos de sesiones, interpelaciones, revoluciones, suspensiones y disoluciones. Quevedo empezó el chistosísimo poema de *Orlando Furioso*, y Espronceda el *Diablo Mundo*, admiracion de la literatura contemporánea; pero Quevedo y Espronceda dijeron: ¡alto aquí! y nos dejaron solamente la muestra del paño que estarán vendiendo en el otro mundo. Por eso cuando yo oigo decir que se trata de grandes empresas de navegacion, canales y caminos, digo para mí: todo requiere acabar en lugar del adagio que dice todo quiere empezar; y que somos moros y muy moros por mas que nos jactemos de cristianos, puesto que todas nuestras obras, si no en la solidez, al menos en la duracion, son obras de moros. Pero volvamos á mi viage. Era el amanecer cuando tomé las de Villadiego hácia Castilla la Vieja. Habria andado un cuarto de legua, cuando despues de atravesar un rio, me encontré con el consabido fraile de las alforjas, que iba muy lentamente en el burro mientras yo á pié corria como un torero.

—Mucho corremos, me dijo.

—Poco andamos, le contesté. A lo que él añadió:

—Tanto andamos como corremos. Y proseguimos nuestro diálogo.

—¿A dónde va Vd. con las alforjas?

—A Castilla la Vieja.

—¿A Castilla la Vieja? Yo pensé que iria Vd. á algun pueblo vecino.

—Pues ya... para ese viage no necesitaba yo alforjas.

—¿Y á qué lugar va Vd.?

—No me acuerdo del nombre; pero ya daremos con él. Allí tengo un primo llamado Pascasio Jimenez, con quien pienso permanecer hasta que me den la conveniencia que perdí. Por ahora, dijo, no tengo miedo á la suerte; porque anoche gané mil quinientas pesetas á la banca.

—¡Dichosa suerte!

—¡Dichosa maña! Tenga Vd. un cigarro á la salud de las mil y quinientas.

Y me dió una petaca que tenia en la tapa un espejo, de lo cual inferí que el fraile habia robado á ojos vistas. En esto empezamos á subir una cuesta muy alta, que nos dejaba sin aliento; y yo, viendo que el burro del fraile iba á paso de tortuga, entoné chungueándome la seguidilla siguiente:

El burro de Fr. Pedro
Dios le bendiga,
mas corre cuesta abajo
que cuesta arriba.

A lo que el fraile, viéndome sacar una cuarta de lengua como perro en agosto, contestó en el mismo tono:

Para andar cuesta arriba
quiero mi burro,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Mas deseoso de alhagar que de complacer al fraile, le ofrecí un huevo crudo, que por haber atravesado el rio, ya era *pasado por agua*; pero él lo rehusó diciendo: mil gracias, he almorzado ya dos veces, y ademas es dia de ayuno... Me admiré de que al amanecer hubiera almorzado ya dos veces, y le pregunté si comia mucho, á lo que contestó: «no señor, soy muy arreglado en las comidas. Mire Vd., prosiguió, suelo tomar el chocolate en la cama, y despues duermo un rato. Me levanto á las

nueve, y me tiro al coleto una tostada con manteca y leche: me pongo á rezar hasta las diez que es la hora del almuerzo. Entonces sí, acostumbro á zamparme un par de pichones, una tortilla de jamon y poco mas de una pata de carnero. Se supone que entre bocado y bocado echo un sorbito en un vaso grande, como de cuatro dedos de gallego. Salgo á dar un paseo, y vuelvo á las once; saco el chorizo de la olla, y me lo como. No entra en mi cuerpo mas en toda la mañana, y ya me tiene Vd. como un reló hasta las doce, que es la hora de comer.»

Al oir esta prueba de su arreglo en la comida, no pude menos de recordar un chascarrillo histórico que conté á su paternidad, y referiré á Vds.

Pues señor (el *pues señor* es introduccion indispensable en todo cuento), sabrán Vds. que en mi lugar hay una cuesta que llaman la cuesta del Cuco, por la cual atraviesa un camino, y por el camino pasaban unos carreteros en cierta ocasion (que la ocasion en los cuentos aunque sea dudosa, siempre se ha de decir cierta). Llevaban carros de carbon y, como es consiguiente, para subir la cuesta necesitaban buenos pares de bueyes. Efectivamente, cada animal podia calcularse que pesaba sobre treinta y seis á treinta y ocho arrobas: he visto muchos animales de cuatro orejas, pero pocos de tan buena marca. Admirábanse todos los transeuntes de ver unos bueyes tan colosales, porque á no haberlos visto sin trompa, cualquiera los hubiera tenido por elefantes. Uno de los carreteros, cargado de tanta exageracion, dirigiéndose á los que tanto se pasmaban de la inmensidad de su ganado, les dijo: «señores, esos bueyes no son tan grandes como parece; y en prueba de ello, que entre mi compañero y yo nos comemos uno. Apostaron los pasageros una onza á que no, y el carretero iba á depositar la suya cuando recordó que tal vez en aquel dia no podria verificarse la apuesta, porque su compañero estaba convaleciente de un cólico. «Sin embargo, añadió, vamos á ver qué dice. Fueron todos al pueblo inmediato, donde estaba el enfermo cadavérico, punto menos que espirando. Pero á pesar de todo, era tanta la confianza que el estómago de este inspiraba al otro, que le enteró del compromiso. Entonces el enfermo se incorporó, y con voz trémula y flaca reprendió al compañero en estos términos: «pero hombre ¡qué te hayas metido en este berengenal! El estado de mi salud es peligroso, y los médicos han ordenado que esté quince dias á dieta; no obstante, por no dejarte mal, lo mas que yo puedo hacer, es comerme los dos cuartos traseros y el menudo.

Entendió el fraile la aplicacion del cuento, y medio sonrojóse al pronto como buen doncello; pero pasóse el enojo, y andando andando, y yendo dias y viniendo dias, entramos en España, donde vimos á toda la gente en movimiento, como amenazada de una general conflagracion. Todo se volvia corrillos y murmullos desde que vieron los hábitos del fraile. Unos hacian esparabanes de júbilo, y otros de melancolía. Decia yo: ¿si será mi compañero el Mesías que tanta animacion produce su venida? Llegamos á una tienda de géneros, y dijo el fraile al comerciante con esa altanería y superioridad de *padre de almas*: ¿tienes guantes de seda? El de la tienda, que era hombre ya de barba en cara y pelo en pecho, arrugando el entrecejo, contestó al de los hábitos en el mismo tono: Sí: ¿cómo los quieres, dobles ó sencillos?—Sáquelos Vd. dobles, dijo el fraile.—Téngalos Vd., respondió el comerciante.—Al salir de la tienda, noté que la casa tenia fachada de convento: hicimos un saludo no tan frio como el del comerciante, que nos despidió con ceño de comprador de bienes nacionales.

Proseguimos nuestro camino: el fraile se quitó los hábitos, conociendo que no era bien recibido todavia este trage, y descubrió un trabuco entre naranjero y limonero. Yo le manifesté el grave riesgo que habia en llevar armas, y él me sacó del cuidado, diciendo que se fingiria oficial del reemplazo; y nos vino bien la treta, porque como á la sazon se estaban reuniendo los oficiales de la provincia de Valladolid en la Nava del Rey, hácia donde caminábamos, nos dieron crédito los alcaldes de monterilla.

Hay antes de la Nava un pueblo que llaman Villaverde, donde ocurrió una cosa digna de contarse. Pasaban, el dia antes que nosotros, unos oficiales, y viendo dos palomares á la entrada, preguntaron á un hombre llamado Juan Molina, ¿cuál era el del Sr. Pedro Fernandez? Este ciudadano, dueño del otro palomar, les dijo: aquel de la derecha: mátenle Vds. todas las palomas, que es un pícaro revoltoso. Pero le salió mal la cuenta, porque los oficiales dijeron, que antes bien querian saber cuál era el palomar de Fernandez para no hacerle daño; y se fueron al de la izquierda, que era el del mal intencionado Molina, donde creo que hicieron gran destrozo.

Tuvimos noticia del lance, y Fr. Periquito ofreció vengar el ultrage hecho á un amigo político: en efecto, cerca de Villaverde puso su trabuco en regla. Dió la casualidad de que á la entrada del pueblo hallásemos al referido Molina, á quien no conociamos, y el fraile le preguntó cuál era el palomar de Fernandez. Escamado Molina del dia anterior, trocó las señas y apuntó al suyo con el objeto de que le respetásemos; pero ¡cuál fue su sorpresa al ver correr á mi compañero hácia su palo-

mar, gritando como un desaforado: ¡que no le quede una paloma á ese bribon! Corrió Molina tras el fraile, gritando: ¡no, no las tire Vd., que son mias! creyendo componerlo de este modo; pero el fraile que al oir decir «son mias» entendió que aquel era Fernandez, le dijo: pues bien, primero voy á matar á Vd., y despues á las palomas, y echándose el trabuco á la cara, dió á correr tras el buen Molina, que se refugió en la iglesia como criminal que se acoge al sagrado, mientras el religioso le mataba la mitad de las palomas. Bien libre está Fernandez de que su contrario vuelva á dar esplicaciones cuando le pidan las señas de su palomar.

Y ahora, le dije á mi compañero de viage ¿cómo saldremos si toma cartas en el juego la comision militar?—Buscaremos la salvacion en la fuga, me contestó; y cuando esto no sirva, apelaré á las *mil y quinientas*, que es tribunal que tengo en el bolsillo, y no me puede desairar.

Llegamos al lugar donde Fr. Pedro tenia el primo, y llegamos como cura que dice misa, es decir, entre dos luces. El pueblo es un caserío libre de ladrones, porque aunque pasen cerca no pueden dar con él. La calle mas larga es mas corta que el vestido de una manola: las casas parecen bocas de conejos: el tejado todo se va en caballete, pero tan sutil, que cuando se sube algun gato, tiene que guardar el equilibrio como si bailára en maroma floja. La torre no tiene veleta, porque la robó un enano. No puede haber secretos en el lugar, porque aunque uno hable bajo en su casa, le oyen todos los vecinos. En fin es un lugar que debiera llamarse *Cañamon*, pues no dudo que el mejor dia se lo almuerza un gilguero. Para que se vea que siempre el mas miserable tiene mas humos, han dado á todas sus calles nombres altisonantes á uso de corte. Hay *calle de Cantarranas*, *calle de las Platerias*, *calle de la Independencia*, *calle Mayor*, que es mayor el letrero que la calle, y para leerlo se necesita microscopio. En medio de una rendijita imperceptible que llaman CALLE DE POMPEYO, hay una casa que tiene encima de la puerta una inscripcion escrita á dedo con polvos de horno, que dice:

CASACON

SISTORIAL

Y como el renglon de abajo se ha borrado con el aire, nosotros preguntamos á una muger que pasaba por allí, si en aquella casa vivia algun hombre que se llamára el tio Casacon. Y diciéndonos que era la casa de concejo, la preguntamos por el tio Pascasio Jimenez, y no nos supo dar razon, á pesar de ser el pueblo tan chico. Fuimos casa por casa preguntando, y todos se encogian de hombros, sin duda porque en los lugares á nadie se conoce sino por el mote. Uno se llama tio Palomas, otro tio Polainas, otro tio Manduca; de suerte, que á nadie se conoce por su verdadero nombre. Nos decidimos, pues, á averiguar la casa del cura, y este nos informó de cómo habiamos de acertar con el tio Jimenez, que fué preguntando por el tio *Pajalarga*. Así lo hicimos, y con efecto le encontramos en casa, que nos recibió con mucho cumplimiento lo mismo que su muger, que era justamente la tia á quien preguntamos por Pascasio Jimenez, y no supo dar razon por ignorar el nombre de su marido.

Bendito sea Dios, dijo el tio Pascasio, que han venido Vds. en un dia en que tengo buena cena. Como habia militado, tiene ciertos terminachos soldadescos que engañan; y así es que al pronto nos dió un alegron refiriendo los pormenores de la mesa. Saca, la dijo á su muger, saca esa fuente de *tumba-navios*: y eran peces como alfileres, que entran ciento en cada cucharada, solo que tuvimos que comerlos con los dedos por no haber otra cosa. Disimulen Vds., dijo la muger, que desde que nos robaron las cucharas de madera en la guerra de la independencia, no me he acordado de comprar otras. Pidió el marido despues de los *tumba-navios* una *perdiz-económica*: yo tenia ganas de verla en la mesa para apoderarme de la mejor tajada; pero ¡cuál fué mi pesadumbre al ver que la tal *perdiz-económica* era una cebolla asada! Gracias que la rebozaron con miel; pero como no habia con qué lavarse las manos, se nos quedaron los dedos pegados para toda la noche.

Acabóse la cena: el tio Jimenez empezó á dar gracias á Dios, y nos encajó mas Padre-nuestros y Ave-Marías que dias tiene el año. Por el alma de nuestros padres, por el ángel de nuestra guarda, por que nos libre Dios de malas tentaciones, por los que mueren en pecado mortal, y qué sé yo cuantas cosas mas. Por decontado besó el pan, echó la bendicion á la mesa, y nos mandó á la cama con el correspondiente saludo de «hasta mañana si Dios quiere.»

Dormimos juntos mi compañero y yo en un gergon que tenia la paja tan corta, que se nos clavaba en el corazon. ¿Quién dirá, esclamábamos nosotros, que este gergon es del tio *Pajalarga?* Ademas el entarimado era de ladrillo, y como la ropa era vieja y mal cuidada, creyendo estar solos, nos encontramos con doscientos mil compañeros vírgenes que nos hicieron mártires; de suerte que estuvimos toda la santa noche sin poder pegar los ojos ni despegar los dedos.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

A DON ANTONIO RIBOT Y FONTSERE.

¿A mí con alharacas?
¿Tú con insultos, oh Ribot, me atacas
en estilo burlesco?
¡Ay desdichado vate! ya estás fresco.
El que las da las toma;
y el fiero tigre á la razon se doma.
Ya en tu renglon primero
me llamas ergotista y pendenciero,
hombre díscolo y porra
que vine al mundo para armar camorra.
Pues bien; si así me quieres
obraré cual quien soy, tú cual quien eres:
ambos con arrogancia
volemos á la lid! ¡Arda Numancia!
y oigan hasta los sordos
el dulce rebuznar de los dos gordos.

Tú me buscas el bulto
y al prodigarme insulto tras de insulto
no sabes lo que dices.
A contrarios vencí de mas narices;
aunque tú por lo obeso,
si no tanta nariz, tienes mas peso.
Lo que mas me joroba
es que un ente que pesa tanta arroba
como el mismo Califa,
y que todos preguntan si se rifa,
se nos descuelge chispo,
y con su panza patriarcal de obispo
bien rellena de fiambre,
rollizo y gordinflon defienda el hambre.
Que el hambre es divertida
siendo mala, muy mala la comida,
es pecado de gula
que no perdona el papa ni la bula;
mas nunca fué delito
el carecer un hombre de apetito
aunque tenga delante
mesa opípara, espléndida, abundante.
El insaciable hambriento
padece sin cesar cruel tormento,
y mas cuando carece
de sólido alimento. Su afan crece
como el de vil lechuza,
que sacia en mal aceite su gazuza.
Siempre es atroz el hambre:
da calofrio, desazon, calambre,
y aunque abunde el pan tierno
el ansia de comer es un infierno.
¿Ignora mi contrario
que hay una enfermedad (el solitario)
cuyo efecto inaudito
mata al hombre agitando su apetito?
Y si es tan fiero daño
cuando se tiene para todo el año
jamon, pasteles, bollos,
perdices, salchichon, pavos y pollos,
¿qué será para el pobre
que solo tiene el hambre que le sobre?
Con mucha gracia dices
que al menos los hambrientos infelices
en torno de una fonda
oliendo sin cesar hacen la ronda
y alcanzan un buen rato,
si no con el sabor, con el olfato.
Eso ya ni por chanza
se debe tolerar, porque tu panza
no la cria el pelele
que sin catar manjar las salsas huele.
Lo de oler tales salsas
es hacer cobro de monedas falsas,
y retratar enano
á San Cristobal... Dios le ampare hermano,
que por acá no cuela,
y allá se goce su merced... y huela;
que yo, mi dulce vida,
estoy por engullirme la comida.
Ya veo que en tu bilis
esclamas que no es este el gran busilis
de la cuestion pendiente;
pero al hambre saludas reverente
con férvido entusiasmo

siendo tu humanidad un pleonasmo.
Ese mismo saludo
es un sarcasmo en hombre mofletudo
cuyo abultado abdómen
es de los que no huelen... pero comen.
No es mala trapisonda
ir para oler guisotes á la fonda,
ó en el hambre canina
zamparse putrefacta una sardina!
Cuando los infelices
tienen hambre de pollos y perdices,
las sardinas saladas
acibaran sus horas desgraciadas;
y al que apetece un pavo
¿qué buen provecho puede hacerle el nabo?
Hallándote robusto,
¿no es mofarse llamar cosa de gusto
al atracon de sapos?
Vive Dios que mereces mil sopapos.
¿Y qué diré de aquello
de comer sin pararse en un cabello?
Que tus fieros carrillos
no reparan en barras ni en pelillos.
Ademas, tú bien sabes,
que el caldo gordo de pechugas de aves
nos alarga la vida;
al paso que la insipida comida
nos arma tal bullanga
que resuenan las tripas cual charanga,
y acaba la pelea
si no en revolucion, en diarrea,
sin que tapon de estambre
pueda el estrago contener del hambre.
¡Hambre divina! esclamas
sin saber la heregía que proclamas.
El hambre furibunda
de horrores y de crímenes fecunda
abre mil precipicios,
madre espantosa de asquerosos vicios,
y todo lo destruye.
Por hambre la muger se prostituye.
Por hambre un matrimonio
se entrega á las discordias del demonio,
y mísero y desnudo
por hambre sufre palos el cornudo:
por hambre que la aprieta
embiste á las doncellas la alcahueta
como iracunda loba;
solo por hambre el foragido roba:
por hambre el pordiosero
conviértese en malvado bandolero;
y al inmundo garito
conduce al jugador el apetito!!!
No me digas que es falso...
el hambre lleva á muchos al cadalso.
Do quier el hambre infeste
produce mas estragos que la peste.
Heróicas poblaciones
resisten al furor de las legiones
que en embates hostiles
de cerco horrible, sufren proyectiles
de asolacion é incendio,
y el valor no sucumbe al vilipendio.
Mas sale del abismo
el hambre, y ya desmaya el heroismo,
se abate la arrogancia,
y por el hambre solo ardió Numancia.
Dices tú que el magnate
que no puede engullir el chocolate
por falta de apetito,
mas que el hambriento es infeliz. Repito
que de este craso absurdo
cada vez mas, caro Ribot, me aturdo.
El que no tiene gana,
tal vez porque se hartó por la mañana,
comparas al eunuco
que cual si fuera de insensible estuco
el rostro bello mira
de divina beldad y no suspira.
¿Qué prueba este argumento?
Que nunca en lo insensible hay sufrimiento.
En opípara mesa
el sabroso jamon, la roja fresa
el pastel, el besugo,
todo rico manjar siempre me plugo;
y aunque descuelle el lomo,
cuando no hay apetito, no le como,
quedándome impasible
como el eunuco aquel que fué insensible.
Ya ves que te he vencido
malgrado tu valor, Ribot querido;
pero si acaso insistes
cual filósofo audaz con ayes tristes
en defender el hambre,
Dios te vuelva mas flaco que el alambre...
te dé sapo por tordo,
y me mantenga á mí tan fresco y gordo.
Si quieres que un perito
resuelva la cuestion, tambien lo admito.
Ya que no te postergas,
decida quién venció... el atroz Villergas.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

LA CONFESION.

Con los ojos arrasados
en lagrimones, María,
á su confesor decia
sus culpas y sus pecados.

Sin fatigas ni aspavientos
y llena de contricion
empezó su confesion
por los santos mandamientos.
Qué dolor! qué laberinto!
pasó el uno, el dos y el tres!
El cuarto vino despues,
y despues del cuarto el quinto.
Llegó el sesto ¡suerte impía!
Allí maldijo sus gustos.
¡Ay qué penas y qué sustos
pasó la triste María!
¡Cuitada! fuera de sí,
mas descansando en la fé,
esclamó: ¡Señor pequé!
¡tened compasion de mí!
Quiera Dios y no el Dios Baco
perdonar mi desvarío;
pero ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!
Y él diciendo *ego te absolvo*,
contestó: huelo, lo sé;
mi delicia es el rapé,
á todos nos gusta el polvo.
Diga, hermana, lo que quiera
que todo ello será nada.—
Y la niña sosegada
continuó de esta manera:
Supuesto que sois clemente,
prosigo mi mandamiento:
sabed para mi tormento
que tengo un vecino enfrente.
Es jóven, tiene levita;
tan gallardo, tan buen mozo,
que yo me muero de gozo
cada vez que me visita.
De verle tan currutaco
me da cierto escalofrio...
Pero ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!—
Bien, muger, ya te lo he dicho,
la respondió amostazado;
y ella prosiguió el pecado
reprendiendo su capricho.
¡Ay Señor! pues no es escasa
su piadosa compasion,
sabed que el mozo en cuestion
estuvo el domingo en casa.
Nosotras somos sencillas,
y él que es el mismo Caifas,
en chanza sin mas ni mas
empezó á hacerme cosquillas.
En valde mis fuerzas saco
procurando su desvío,
porque... ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!—
Ya el padre lleno de enojos
su pesadez reprendió,
y la niña prosiguió
con lágrimas en los ojos.
En valde busco maneras
de librarme de sus danzas,
el trato admitió las chanzas
y las chanzas fueron veras.
Quise hasta en puntos y comas
corregir al pecador;
pero no pude, señor,
que tambien gusto de bromas.
Me cogió bajo el sobaco,
y con arrojo y con brio...
Pero ¡Jesus, padre mio,
cómo huele usté á tabaco!
El fraile llegando aquí,
dijo: basta de disputa,
tú me estas oliendo á bruta
desde que empezaste así.
Nunca por ello pensára
darte imprudentes chacotas,
y una falta que me notas
me la estás echando en cara.—
Tomó el buen padre otro polvo,
y dijo: basta de historia:
aquí paz y despues gloria,
levanta, que *ego te absolvo*.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

ARTE DE DARSE IMPORTANCIA EN EL TEATRO.

SONETO.

Entra aunque esté empezada la funcion,
y te sienta en luneta principal:
el lente, aunque carezca de cristal,
enristra en pedantesca distraccion:
Llamen ópera y baile tu atencion,
y aplaude siempre aunque ejecuten mal;
mas si es drama, prorrumpe: «¡qué inmoral!»
y si es comedia: «¡bah!... ¡qué saineton!»
A todo lo estrangero: «¡bravo!... ¡bien!»
á todo lo español: «¡malo!... ¡cerril!»
y chilla como en brasas la sarten;
Que si de inteligente lauros mil
ceñir no logras en tu docta sien,
corona alcanzarás..... de peregil.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

AMBIGÚ.

Tocino gordo.

Se quita toda la carne que cubre al gordo, y se frota é incorpora toda su superficie con sal fina, una libra por cada diez de tocino, añadiendo á la sal cinco onzas de nitro por libra. Esto se pone en la cueva entre dos tablas, y encima algun peso: al cabo de un mes se saca al aire á un sitio fresco para que se acabe de secar.

Modo de mechar.

A un trozo de tocino cuadrado de cinco á seis pulgadas de largo, se pasa el cuchillo por medio, de manera que quede tan grueso de un lado como de otro; despues se hacen pedacitos del largo que se quieran las mechas, y se verifica lo mismo respecto á lo ancho, metiendo el cuchillo hasta el punto que no debe cortarse, y poniendo las mechas lo mas cuadradas que sea posible. Preparado todo lo que ha de mecharse de antemano, á los trozos de carne de toda especie de cuadrúpedos se quitan las membranas, tendones y grosura que contienen, no dejando descubierto sino los músculos que los componen. En cuanto á la caza de pelo se hace lo mismo, y respecto á la volatería se quitan las plumas, y se la pasa por la llama para afirmar las carnes, y respecto á los peces se les quita entero el pellejo.

Se coloca una cazuela y sobre ella se toma con la mano izquierda la pieza que haya de mecharse; se introduce el mechador de manera que las dos estremidades de la mecha puedan salir: se meten en su abertura esterior, se saca el mechador sin dejar pasar mas de un lado que de otro, y así se continúa á distancias iguales, de manera que salgan derechas. La segunda fila debe cruzar con la primera, la tercera con la segunda, y así sucesivamente hasta que toda la pieza ó trozo esté enteramente cubierto.

Orejas de cerdo.

Se limpian y chamuscan, y se ponen en un caldero sobre lonjas de tocino con zanahorias, cebollas y un ramillete; se echa caldo, y cuando están cocidas y sazonadas se sirven con una sustancia ó cualquier otra salsa.

Orejas de cerdo fritas.

Despues de cocerlas y cortarlas en tiras, se echan en adobo como las de la ternera para hacerlas freir igualmente.

Orejas de cerdo á la leonesa.

En una salsa de cebollas hechas pedazos y pasadas por manteca, se ponen las orejas cortadas en tiras: se añade un poco de harina, se mojan con caldo y se reducen, y se sirven echando unas gotas de vinagre ó el jugo de un limon, y si se quiere con coscorrones fritos.

Pastel de pernil.

Este aderezo se llama tambien *pan de pernil*. Despues de haber cortado lonjas de pernil cocido, y hecho un relleno de su grasa con limon y yerbas finas de toda especie, se toma una ortera ó cazuela de madera bastante grande, cuya cabidad se cubra con pasta bien hecha, y preparada para bollos, y se van haciendo sucesivamente capas de unas y otras, acabando por la de la pasta. El todo se echa sobre una hoja de lata para ponerlo en un horno, y se enfria antes de servirlo.

Saladillo.

Para que sea bueno se toma el pecho, se pone una capa de sal en una vasija, y encima la carne cortada en trozos mas ó menos gruesos; se vuelve á poner una capa de sal, se hace otra con los trozos, y así sucesivamente hasta que toda la carne se haya empleado. El todo se cubre con una capa de sal, poniendo por encima un lienzo, y una tabla con algun peso. Este saladillo se puede cocer al cabo de seis, siete ú ocho dias.

Manos de cerdo.

Despues de dividirlas en dos partes y puestas en una faja de tela, se ponen á cocer en una marmita con ajos, peregil, tomillo, salvia, laurel, albahaca, sal y pimienta: se mojan con mitad de vino y mitad de agua, y se cuecen á un fuego suave por espacio de veinte y cuatro horas.

Colas de cerdo.

Cuando están bien limpias se ponen á cocer en una marmita á fuego lento; se pasan luego por manteca y se ponen en parrillas: pueden tambien servir de adorno sobre toda especie de sustancia, y servirse con toda especie de salsas.

Riñones de cerdo.

Despues de haberles cortado en rebanadas delgadas, se añade un trozo de manteca, peregil, zanahorias, sal, pimienta y setas, picado menudamente: se les hace revenir y se polvorean con harina: se añade una cucharada de vino blanco, y cuando están cocidos se sirven con coscorrones. Debe tenerse cuidado de que no hiervan, porque se endurecerian.

Salchichas.

Se pica carne fresca de cerdo con otro tanto de tocino, añadiendo sal y especias: se introduce despues todo en los intestinos, que ordinariamente son de cordero: se atan á las distancias que se quiere, y se las pica antes de ponerlas en las parrillas. Tambien se pueden poner en asador.

MADRID.—1844.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.